

Olivia Corio

Ilustraciones de  
Claudia Petrazzi

LAS AVENTURAS DE  
**NAZAR  
MALIK**



El secreto del Chef

edebé



LAS AVENTURAS DE

NAZAR  
MALIK

Título original: *Le Avventure di Nazar Malik. Il segreto dello Chef.*

Texto: Olivia Corio

Ilustraciones: Claudia Petrazzi

© 2021 Editrice Il Castoro, Milano

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent - [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© Traducción: Marinella Terzi

© Ed. Cast.: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente: 902 44 44 41

[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

1.ª edición, octubre 2021

ISBN: 978-84-683-5376-0

Depósito legal: B.2122-2021

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70/ 93 272 04 45.

LAS AVENTURAS DE

# NAZAR MALIK

## El secreto del chef

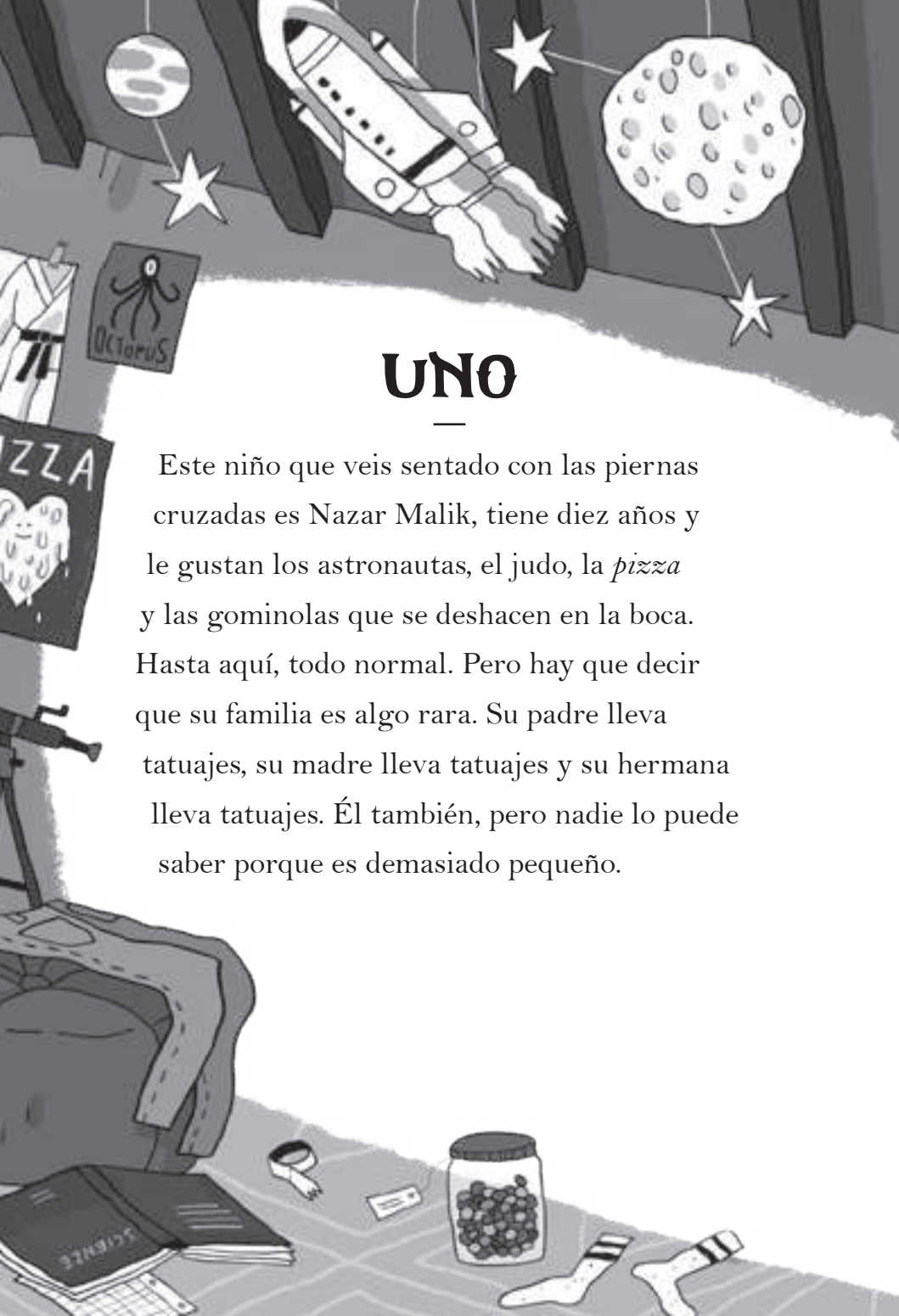
Olivia Corio

Ilustraciones de  
Claudia Petrazzi

Traducción de  
Marinella Terzi

**edebé**





# UNO

---

Este niño que veis sentado con las piernas cruzadas es Nazar Malik, tiene diez años y le gustan los astronautas, el judo, la *pizza* y las gominolas que se deshacen en la boca. Hasta aquí, todo normal. Pero hay que decir que su familia es algo rara. Su padre lleva tatuajes, su madre lleva tatuajes y su hermana lleva tatuajes. Él también, pero nadie lo puede saber porque es demasiado pequeño.



Por ese motivo, todas las mañanas se pone una camiseta mágica –que odia y que llama la camiseta de la vergüenza–, que hace que desaparezcan los tatuajes.



Cuando se la pone, nadie puede ver el pulpo que tiene tatuado en la espalda. Pero es una auténtica lata. Uno se despierta, desayuna, se viste y debe llevar todo el día una especie de cobertura que borra cualquier signo de la piel.



Y el año que viene será peor todavía. El pobre Nazar tendrá que ponerse una camiseta de manga larga porque empezarán a crecerle tatuajes en los brazos. Lo habéis leído bien. A él los tatuajes le crecen como el pelo. Lo mismo les pasó a su padre y a su hermana y a su abuelo y al abuelo del abuelo, y así suma y sigue. Todos creen que los tatuajes son la clave del negocio familiar porque en el letrero de su tienda pone:



Sin embargo, no es así. A los Malik los tatuajes les crecen como el pelo y las uñas. Y cuando las cosas no les salen como deben..., bueno, entonces se vuelven reales. ¿Habéis visto alguna vez un dragón japonés de carne y hueso? ¡Nazar, sí!

Por ejemplo, os cuento el caso de su abuelo. Cuando era ya tan viejo que no veía de un ojo y era sordo y cojeaba y respondía a las preguntas media hora después, se cayó de un barco.



Aquel año la abuela también había insistido en llevarlo consigo porque, desde que había descubierto los cruceros, obligaba a toda la familia a hacer la travesía del Mediterráneo todos los veranos a bordo del *Mystic*, la nave capitana de la flota *Searwalker*, con tres mil pasajeros. Solo que el abuelo ya no era tan ágil como antes, cuando en los barcos le apodaban «el puma» por la velocidad con la que alcanzaba la punta del mástil. Aquel día, mientras la abuela miraba a la

madre de Nazar, que hacía *aquagym*, y el padre le contaba a un indio del Punjab el significado del tatuaje de su cuello –un cuervo con un dado entre las patas–, el abuelo se cayó desde la cubierta directo al agua. Entonces, una señora gritó en alemán:



\*¡HOMBRE AL AGUA!



Y alertaron al capitán.

El barco viró, dibujó un enorme círculo de agua espumosa, la sirena sonó y lanzaron dos lanchas al mar con un ruido mayúsculo. Luego no hubo más sonido que los graznidos feroces de las gaviotas.

Los pasajeros del *Mystic* escudriñaban las olas, las manos unidas en un silencio sepulcral.

Fue en ese momento cuando el abuelo asomó de las aguas cabalgando sobre una ballena, el rostro alterado, abierto en una sonrisa desdentada.



Salió en los periódicos y la abuela le riñó, dándole un pescozón. Los Malik no podían permitirse salir en los periódicos. Pero, con la euforia de aquel increíble salvamento, nadie se había dado cuenta de que el enorme cetáceo tenía un ancla dibujada debajo del ojo izquierdo, igual que la ballena que el abuelo llevaba tatuada en el brazo.

La cosa funciona así: los Malik le dan un pellizco al tatuaje y este se anima como el genio que sale de una lámpara. Solo que Nazar, que es el más pequeño de la casa, tiene prohibido liberar su tatuaje. Dicen que se armaría jaleo, que la gente se daría cuenta enseguida, que sería una desgracia.

Su pulpo, que se llama Otto, tiene que permanecer *casi* siempre en su espalda y se aburre muchísimo.



La madre y el padre de Nazar se pasan el día en la tienda tatuando a los clientes. A veces se pelean. Cuando no se pelean, hacen las paces por una pelea anterior. Siempre están muy ocupados. Su madre se llama Esmeralda y es la mujer más grande y valiente del mundo. Pero sus tatuajes no se animan. Siempre están pegados a sus formas mantecosas porque ella no es una Malik, sino una persona normal, si se puede decir así.

«La vieja Betsy»,  
maquinilla  
para tatuar.



Lleva el pelo negro recogido en un moño con forma de piña y tiene los ojos del color del fondo de una botella de vino. Su boca es un corazón que siempre lleva pintado de rojo. Su cuerpo es lo más cómodo que existe. En el muslo lleva tatuado un gato que bufa, con un lazo azul en el cuello, pero no os dejéis engañar. Sus brazos están plagados de calaveras y se pueden transformar en armas letales.

De hecho, mamá Esmeralda fue campeona regional de lucha femenina durante seis años seguidos y aún hoy, que ya no es una jovencita, si tiene que machacar a algún tunante no hay que decírselo dos veces.







El padre de Nazar se llama Zeno y es el hombre más vanidoso que existe en la faz de la tierra. Su primer pensamiento, cuando se despierta por las mañanas, es para su bigote, que tiene que mantener en orden con un peine navaja que hace «ñic» cada vez que pulsa el dispositivo, como si fuera una navaja auténtica. Tiene los ojos amarillos como un lobo, la nariz larga y delgada, y una sonrisa que provoca algo de miedo y desvela los dientes de arriba, los de abajo y también las encías.

Mirando su cuerpo tatuado, se podría dar la vuelta al mundo. En la espalda tiene un dragón japonés cuya cola bífida señala la nalga derecha, allí un cachalote azul sonríe pese a llevar un velero completo en el estómago.



Cabello peinado con brillantina como Elvis.

Bañador a la última moda.

Botines brillantes como espejos.



Por la pierna izquierda le baja un calamar gigante entre un remolino de flores de cerezo. En su tripa duerme plácido un tigre de Bengala. En el cuello reposa un cuervo negro.

Detrás de las orejas se ocultan las garras de un animal ártico desconocido, mientras que por el antebrazo trepa una pirata española con un puñal en una mano y un corazón sangrante en la otra, ligado con una cinta en la que pone «Libertad».



La hermana de Nazar se llama Meskerem, tiene catorce años y es su mayor enemigo. Su misión es lograr que la vida de su hermano sea una verdadera pesadilla. Nazar no recuerda cuándo empezó a odiarlo. Un día jugaban tranquilos, ella con una Barbie de pelo corto que se besuqueaba con Ken, él con dos tortugas ninja que protegían a la parejita de la amenaza invisible de la materia oscura.

Al día siguiente, todo había terminado. Meskerem había decidido que su hermano era un mocoso, que las Barbie eran mortalmente aburridas, que los besos se daban de verdad, aunque no supiera a quién, y que la materia oscura no existía.



Lo malo es que no conseguía que nadie le diera besos por culpa del aparato monstruoso que le había puesto el dentista. Así que solo le quedaba fastidiar a Nazar, más que nada por tomarla con alguien.

Meskerem solo tiene tres tatuajes: una mujer de agua que se tira por un trampolín, Lady Alga; un esqueleto de carnero, y un ramo de peonías en la pierna.



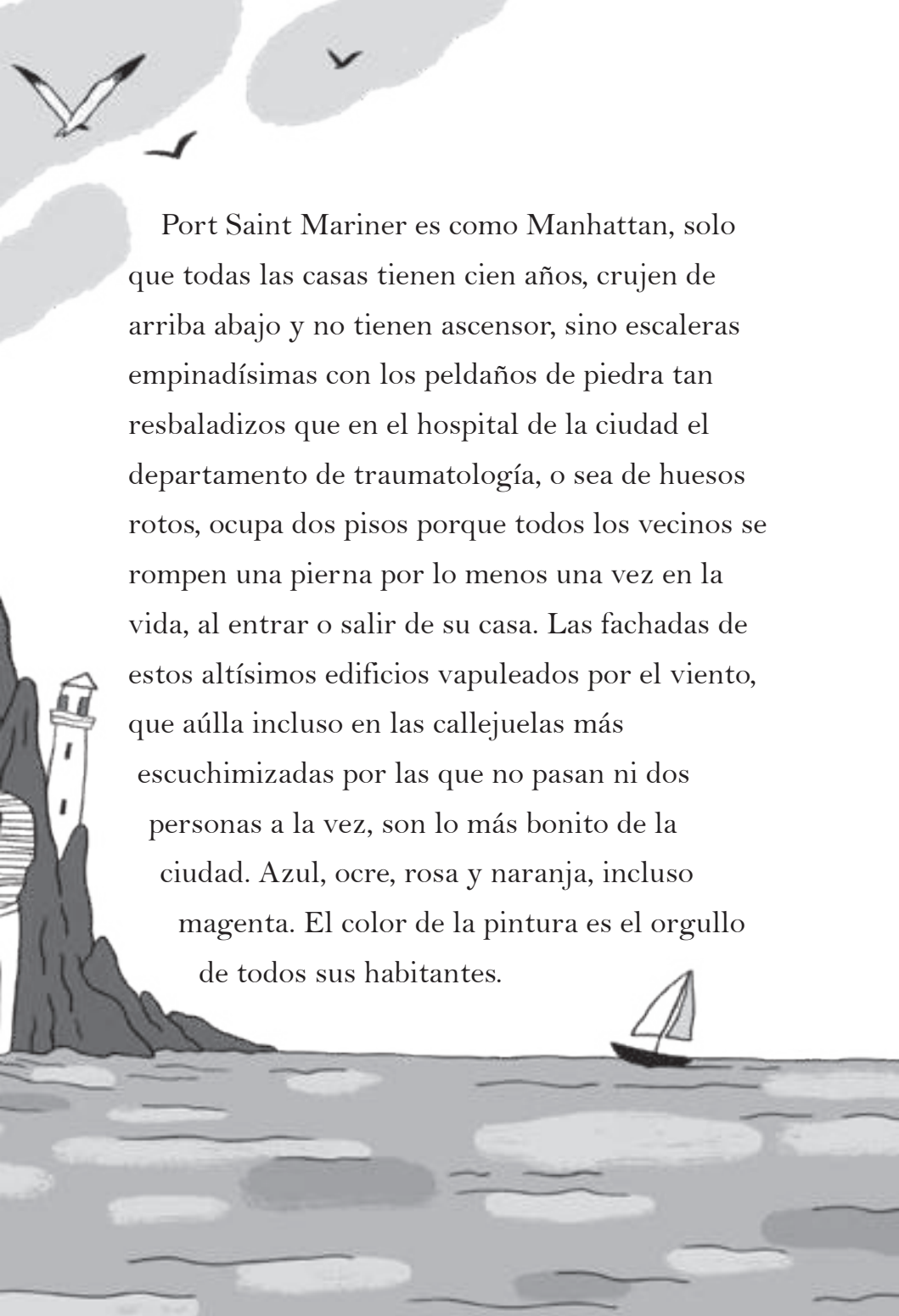
Le gusta cantar, pero desentona muchísimo.  
Molesta a los chicos, que siempre salen corriendo.

Es un genio de las matemáticas y adora el esmalte de uñas *rouge noir* (que significa «rojo negro» en francés). Se define como artista, aunque no sabe cuál es exactamente su arte. Su pasatiempo es hacerle la vida imposible a Nazar, cosa que le sale bien porque usa los tatuajes pese a la prohibición. Papá Zeno dice que antes de los dieciocho años no se es lo suficiente maduro para manejarlos. Pero Meskerem los controla a las mil maravillas. Y, por ese motivo, logra siempre poner en apuros a Nazar.

El piso en el que viven está en la planta undécima de uno de los edificios que dan al mar de Port Saint Mariner. Si no habéis oído hablar nunca de esta ciudad, haced lo siguiente: imaginaos una ciudad normal, con sus casas normales, los edificios de cinco plantas en avenidas y plazas y calles normales. Comprimidla como si fuera de plastilina, ponedla entre dos altos y estrechísimos farallones al pie de una montaña rocosa que se yergue sobre una bahía donde el mar es tan profundo que parece negro. *Et voilà.*







Port Saint Mariner es como Manhattan, solo que todas las casas tienen cien años, crujen de arriba abajo y no tienen ascensor, sino escaleras empinadísimas con los peldaños de piedra tan resbaladizos que en el hospital de la ciudad el departamento de traumatología, o sea de huesos rotos, ocupa dos pisos porque todos los vecinos se rompen una pierna por lo menos una vez en la vida, al entrar o salir de su casa. Las fachadas de estos altísimos edificios vapuleados por el viento, que aúlla incluso en las callejuelas más escuchimizadas por las que no pasan ni dos personas a la vez, son lo más bonito de la ciudad. Azul, ocre, rosa y naranja, incluso magenta. El color de la pintura es el orgullo de todos sus habitantes.